

Las alternativas de América Latina como clase media de las naciones

UNIDAD Y DIVERSIDAD CON EL TERCER MUNDO:
PERCEPCIONES Y PROBLEMAS

En los últimos años comienza a ser frecuente el planteamiento de que América Latina habría pasado a desempeñar el rol de una clase media en la sociedad internacional contemporánea, a la luz de las tendencias del desarrollo y de sus estructuras socio-culturales¹. No forma parte de la élite de naciones industrializadas, pero en una medida importante aspira a la imitación de sus formas de vida y modelos de desarrollo. Comparte con el tercer mundo aspectos sustantivos de la problemática del desarrollo económico y social y ha estructurado dentro de este marco los mecanismos básicos de la acción conjunta, pero a su vez difiere en cuanto a la intensidad de esa problemática, al tratamiento de intereses específicos y a las tradiciones ideológico-culturales².

Los fuertes tradicionales occidentales de los segmentos dirigentes de las sociedades latinoamericanas, y en ocasiones de su propio pueblo, han determinado vínculos históricos, religiosos, políticos y de otra índole que tiene una clara influencia en las orientaciones domésticas e internacionales de la región. Por otra parte, las vinculaciones con el tercer mundo son relativamente recientes, originándose en la posguerra y principalmente a partir de la década de 1960³.

¹ En términos del Producto Nacional Bruto per capita (1973), América Latina registra 644 dólares, en comparación a 214 de África y 125 de Asia meridional y oriental. Sin embargo, Asia Occidental registra una cifra de 650 dólares, similar a la de América Latina. Esto último posiblemente explique que el fenómeno de actitud de clase media no sea único de América Latina. Para las cifras comparativas, UNCTAD: Estudio sobre el comercio internacional y el desarrollo 1975. TD/B530 Add. I Rev. I 1976. Cuadro XXI, p. 41.

² Felipe H. Paolillo: "La Estrategia del Tercer Mundo. Apuntes sobre la solidaridad de los países en desarrollo en su lucha internacional por reivindicaciones económicas". En Francisco Orrego Vicuña (ed): *Derecho Internacional Económico*, Vol. II, Fondo de Cultura Económica, 1974, especialmente pp. 323-328.

³ Para el proceso de vinculación con el tercer mundo, véase Alberto Van Klaveren S.: *Las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos. De la idea del hemisferio occidental al tercer mundo*, Tesis Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, 1976 (No publicada).

En los hechos de la vida internacional, y particularmente en las grandes conferencias negociadoras, América Latina en ningún momento ha abandonado su unidad esencial con el tercer mundo. Sin embargo, también es efectivo que ha adoptado actitudes menos radicales y más abiertas que la de otros países, explorando en muchos casos las alternativas que pudieran llevar a un entendimiento. Es esta actitud la que ha hecho emerger una imagen de América Latina como puente entre tendencias contrapuestas⁴.

Ejemplos de lo anterior pueden encontrarse en UNCTAD IV, en relación a la moratoria de la deuda del mundo en desarrollo⁵, en la Conferencia del Derecho del Mar respecto de algunas de sus negociaciones⁶, en la actitud menos militante de Ecuador y Venezuela dentro de la estrategia de la OPEP⁷, en determinadas votaciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas y en otros casos, pero que son tan numerosos como en principio pudiera creerse.

Esta actitud latinoamericana encuentra su razón de ser en una variedad grande de causas, probablemente diferentes para cada país y para cada caso. En ocasiones abedece a relaciones típicas de dependencia, en que la presión o el temor a enemistarse con una gran potencia impone la moderación. En otras oportunidades, obedece a un genuino convencimiento en consideración a los méritos del problema. A veces responde también a alineamientos ideológicos. En muchos casos se relaciona con intereses concretos que se trata de salvaguardar mediante una posición cautelosa. En no pocas oportunidades se origina en el desconocimiento de los intereses nacionales reales que cabría proteger. Tampoco debe excluirse el prejuicio que a veces existe respecto del país o la persona que lidera una iniciativa en relación a la cual se establece la actitud de moderación o de no compromiso.

Por lo mismo que las causas son muy variadas, resulta difícil generalizar. Así como existen ejemplos de determinadas actitudes de moderación, hay también una impresionante lista de materias en que los países latinoamericanos han adoptado posiciones de alineamiento

⁴ Para un análisis de esta alternativa, *Ibid.*, pp. 655-662, con particular referencia a las concepciones de Janio Cuadros.

⁵ Véase la vaga resolución de UNCTAD IV sobre *Problemas de la deuda de los países en desarrollo*. TD/RES/9 (IV), 10 de junio de 1976.

⁶ Francisco Orrego Vicuña: *Las políticas latinoamericanas sobre el derecho del mar. Perspectivas de un acuerdo general de transacción*, Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, Serie de Publicaciones Especiales, N° 1, 1975.

⁷ Véase, por ejemplo, la declaración del Embajador representante de Venezuela en la OEA, en el sentido de que la política internacional de su país no está dirigida a utilizar el petróleo como instrumento de confrontación o retaliación. Acta de la sesión extraordinaria del Consejo Permanente de la OEA, 20 de enero de 1975, OEA Ser. 6. CP/Acta 150/75, 20 de enero 1975, p. 8.

total con el tercer mundo, muchas de las cuales se han originado en iniciativas concretas de la región, según se examinará más adelante. No obstante ello, no puede dejarse de reconocer la existencia de diferencias entre América Latina y el tercer mundo, que son las que tenderían a confirmar el rol de América Latina como clase media internacional. También debe tenerse presente que en ocasiones los países latinoamericanos se abstienen de evidenciar su posición de apertura para evitar así roces políticos con el tercer mundo, pero en su intimidad pueden guiarse por una orientación diferente lo que en definitiva repercute en el resultado final del proceso en cuestión.

Cualquiera sea la causa o la intensidad de este fenómeno, el hecho concreto es que, al ser percibida América Latina como puente entre tendencias contrapuestas, se generan consecuencias de importancia para la región, favorables algunas y desfavorables otras. En la perspectiva del tercer mundo, un primer tipo de reacción lleva a que América Latina sea mirada con algún grado de recelo, al percibírsela en una actitud menos militante o en cierto entendimiento explícito o implícito con naciones que no forman parte de este bloque. Ello es válido respecto de los entendimientos con las naciones industrializadas occidentales, y también comienza a serlo respecto de entendimientos con el bloque soviético. Pero, por otra parte, la actitud latinoamericana también despierta en el tercer mundo ciertas reacciones de aceptación, particularmente cuando la iniciativa de que se trata ha tenido su origen en algún país de la región. Muchas veces la única manera de llevar un planteamiento a resultados concretos es mediante fórmulas de transacción, lo que el tercer mundo acepta y practica. Además hay otros países del tercer mundo que comparten igual actitud de moderación, lo que hace que la posición latinoamericana no sea única ni aislada.

En la perspectiva de las naciones industrializadas, las consecuencias se plantean en términos similares. Hay quienes ven en la actitud latinoamericana el puente que puede llevar a soluciones mutuamente aceptables, también hay quienes ven en ello la posibilidad de mostrar al tercer mundo dividido y aprovechar este factor para su propia estrategia. Pero, al mismo tiempo, hay naciones industrializadas que cuestionan la conveniencia de una actitud latinoamericana como la que se viene describiendo y prefieren buscar las posibles soluciones con aquellos países que aparezcan como los más genuinos representantes del tercer mundo, representación que muchas veces se mide equivocadamente en función del grado de militancia desplegado.

Dentro de este complejo marco de relaciones es que cabe preguntarse sobre algunos problemas básicos. En primer lugar, debe averiguarse sobre las alternativas y opciones que tiene una clase media

para la materialización de sus objetivos, y en función de ello, determinar los tipos de alianza que caben. En segundo lugar, y sobre la base de lo anterior, es que puede explorarse el problema de quién es el beneficiario de una actitud de moderación. Finalmente, debe plantearse la eventual compatibilidad entre alianzas múltiples. Todo ello permitirá apreciar las alternativas disponibles para América Latina y sus implicaciones para el sistema interamericano.

CONCIENCIA, CONSOLIDACIÓN Y PODER: OBJETIVOS REGIONALES

El problema del rol político de una clase media en una sociedad nacional es de suyo complejo, dando lugar a una serie de opciones alternativas en diferentes coyunturas históricas. En el caso de una sociedad internacional como la actual, las opciones se plantean en términos similares.

Un primer aspecto fundamental es el determinar que grado de conciencia tiene una clase media acerca de sus derechos y aspiraciones, acerca de sus objetivos como clase y acerca de las posibles estrategias para lograrlos. Si se trata de una clase media incipiente o relativamente débil, ese grado de conciencia es mínimo y difuso. En tal caso, normalmente el rol político de esa clase es manipulado por la élite que detenta el poder, principalmente el poder económico. Por el contrario, si se trata de una clase media bien estructurada, de amplia penetración en la sociedad, tendrá normalmente una clara percepción de sus objetivos políticos, económicos y sociales y, en tal caso, lejos de ser manipulada por la élite, es la propia clase media que establece las alianzas que le convengan para alcanzar sus objetivos.

La medición de este aspecto en América Latina tampoco es susceptible de una fácil generalización. Hay, desde luego, países que no tienen ninguna identificación con el fenómeno de la clase media internacional, y cuyo alineamiento es incuestionablemente tercer mundista, lo que es claramente observable en los países de reciente independencia⁸. Hay también países cuya identificación es muy incipiente y, por tanto, su grado de conciencia menor, situación que normalmente

⁸ Para muchos efectos, las naciones del Caribe insular encuentran una mayor identificación con el bloque africano que con la región latinoamericana. Seis naciones del Caribe participan en la Convención de Lomé con la CEE. Sobre la desvinculación histórica de América Latina con el Caribe, Carlos Martínez Sotomayor: *El Nuevo Caribe. La independencia de las colonias británicas*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1974, especialmente pp. 332-343.

se observa en aquellas países cuya propia estructura interna es dominada por élites. Pero al mismo tiempo otro núcleo considerable de países, particularmente aquellos que cuentan con importantes estructuras de clase media nacional, han logrado una percepción y conciencia clara de sus expectativas en el ámbito internacional⁹.

Estos últimos países son los que han ido asumiendo cada día en forma nítida un rol de liderazgo en el contexto latinoamericano y proyectando ese rol en el ámbito de las relaciones internacionales, como consecuencia de su mayor claridad en los objetivos a lograr¹⁰. Incluso, algunos entre ellos, vienen afirmando su identificación con un nuevo rol internacional desde fines del Siglo XIX, lo que les ha otorgado una importante experiencia histórica en este plano¹¹. Esta experiencia, percepción y liderazgo, es la que explica que hayan sido los países latinoamericanos los que hayan propuesto la gran mayoría de las iniciativas importantes de reforma del sistema económico internacional a partir de la Segunda Guerra mundial, aspecto que se examinará más adelante.

De esta manera, no obstante las diferencias que registra la región en cuanto a su grado de conciencia individual, el conjunto de planteamientos y percepciones que ha logrado desarrollar son indicativos de un proceso de identificación ya establecido en los fundamental y cuyo grado de maduración y amplitud va en aumento.

El segundo aspecto fundamental que surge en torno al rol político de una clase media es, una vez establecido el grado de conciencia necesario; cuáles son los objetivos prioritarios que desea alcanzar. En este plano, dos son las etapas claramente distinguibles. La primera es el objetivo de consolidar la posición social a que aspira, principalmente en términos de ingreso, bienestar, educación, posición social y otros factores. Esta es la etapa en que América Latina se encuentra en la actualidad, caracterizada por la constante reivindicación de su desarrollo económico y de sus expectativas de bienestar.

La segunda etapa a que se hace referencia, es aquella en que, simultáneamente con la consolidación de la posición social, se inicia un proceso destinado a desplazar a la élite de su posición dominante en el poder, político y económico, o al menos a exigir algún grado de participación. Esta es ciertamente la etapa más compleja de todo

⁹ Véase Carlos Pérez Llana: "Potencias intermedias o países mayores"? La política exterior en Argentina, Brasil y México", Estudios Internacionales, N° 29, enero-marzo, 1975, pp. 47-105.

¹⁰ Celso Laler y Félix Peña: *Argentina y Brasil en el sistema de relaciones internacionales*, Buenos Aires, 1972.

¹¹ Véase Francisco Orrego Vicuña: *La participación de Chile en el sistema internacional*, Santiago, 1974. Para el caso de Argentina, Brasil y México, Pérez Llana, loc. cit., nota 9 supra.

el proceso de la clase media, por cuanto normalmente involucra situaciones muy disímiles, que van desde conflictos internos en la propia clase media hasta conflictos internos en la élite, desde alianzas parciales hasta confrontaciones parciales o generales y desde incorporaciones selectivas a la élite hasta desplazamientos totales, según las circunstancias en que se dé el proceso y según el grado de rigidez o flexibilidad del sistema.

Aun cuando, como se expresó, América Latina se encuentra en la primera etapa, ya hay también indicios que permiten apreciar que el inicio de la segunda etapa no se encuentra distante, particularmente en cuanto algunos países de la región ya aspiran, y parcialmente participan, en un rol de poder relativo en la sociedad internacional¹². En consecuencia, las dos etapas mencionadas irán desarrollándose en forma simultánea en los próximos años, pues en la misma medida en que progresa la consolidación de un rol latinoamericano se irá vializando su reclamación de poder internacional.

ELITISMO Y PROLETARIAMO: OPCIONES PARA UNA ALIANZA

En función de los anteriores objetivos, surge el tercer aspecto fundamental del rol político de una clase media: las alianzas que ésta puede pactar para el logro de sus objetivos. Probablemente esta sea la cuestión más importante de todo el problema, por cuanto la clase media siempre requerirá de algún tipo de alianza para consolidarse y alcanzar el poder, pues por más influyente que pueda ser su peso en la sociedad, normalmente no es suficiente para producir por sí mismo los cambios buscados. Por otra parte, el espectro de alianzas posibles es enorme y dependerá de las propias percepciones de la clase media, así como la percepción de aquellos sectores con los cuales se procura la alianza. Al mismo tiempo, en esta etapa del proceso es donde suelen ocurrir conflictos dentro de la clase media, pues sus diferentes segmentos podrán inclinarse por diferentes alianzas, dando así lugar incluso a estrategias diversificadas.

Dentro de un esquema social relativamente flexible y abierto, que permita razonablemente cambios sin confrontación, la primera inclinación de la clase media ascendiente será probablemente la de buscar su alianza con la propia élite. Ello es particularmente cierto cuando

¹² Este sería principalmente el caso del Brasil. Véase en general, Celso Lafer: "Una redefinición del orden mundial y la Alianza Latinoamericana. Perspectivas y posibilidades", *Estudios Internacionales*, N° 31, julio-setiembre 1975, pp. 42-53.

la clase media imita las formas de vida de la élite y aspira a ser en alguna medida considerada parte de la misma, o cuando media una cierta afinidad cultural con esa élite. La factibilidad de esta alianza dependerá principalmente de la reacción de la élite. Si ésta accede a viabilizar la consolidación de la clase media y a compartir con ella el poder, lo que en definitiva involucra el renunciar a la posición de élite cerrada y aceptar la difusión del poder, la alianza puede prosperar y producirse una readaptación pactada. Por el contrario, si la élite rechaza el acomodo buscado y rigidiza el sistema, esa clase media intentará sus alianzas alternativas.

El segundo tipo de alianza que la clase media tiene disponible es con el sector proletario de la sociedad, con el cual puede estructurar acciones comunes que tiendan al desplazamiento de la élite en beneficio de ambos sectores, aun cuando normalmente cada uno de ellos mantendrá sus propias aspiraciones en forma relativamente individualizada. La factibilidad de este esquema dependerá en gran medida del grado de conciencia que ese sector proletario tenga de sus propias aspiraciones, en consecución de las cuales podría movilizar su acción en alianza con la clase media.¹³

En principio cabría pensar en la posibilidad de que si el grado de conciencia del sector proletario es grande, pudiera emprender por sí mismo un proceso reivindicatorio que se dirigiera tanto en contra de la élite como en contra de la clase media, desplazando a ambas de su situación relativa de poder. Sin embargo, la experiencia histórica demuestra que, dándose una clase media bien estructurada, la acción proletaria directa normalmente es ineficaz para el logro de ese propósito. En ausencia de una clase media la situación es ciertamente diferente. De esta manera, la mayor conciencia proletaria no es un obstáculo para la eventual alianza con la clase media y, por el contrario, la hará más viable.

Frente a este segundo tipo de alianza, la manera como el cambio buscado se lleve a la práctica también dependerá en principio de la reacción de la élite. Si el sistema se mantiene abierto y flexible, el cambio en cuestión puede materializarse sin confrontación. En cambio, si el sistema es rígido y la élite decide mantener su poder como fuere, el proceso puede desembocar en el enfrentamiento violento o directamente en la vía revolucionaria.

¹³ Para un análisis de los problemas de conciencia de clase, movilidad social y relaciones con las élites, Raymond Aron: *La lutte de classes*, Gallimard, 1964. Especialmente capítulos XIII, XIV y XV.

DISCRIMINACIÓN ECONÓMICA Y CONFLICTO POLÍTICO
CON LA CLASE MEDIA

En el plano de las alianzas, América Latina se muestra hasta ahora en una actitud de exploración. En el hecho la llamada actitud de "moderación" no es más que una actitud de exploración, pues, como se verá, ante el fracaso de una alianza siempre se ha optado por otra alianza, sin comprometer el interés regional. Como consecuencia de sus tradiciones occidentales, la primera opción ha sido la de buscar una alianza con la élite occidental en la esperanza de consolidar su posición deseada y de compartir en alguna medida su poder. La imitación de las formas de vida y de los modelos de desarrollo, así como eventuales afinidades ideológicas, han sido también factores influyentes en este proceso.

Sin embargo, la viabilidad de esta opción está aún lejos de poder ser comprobada. Desde luego, la reacción de la élite occidental no es clara ni uniforme frente a una posible alianza con la clase media de América Latina. En casos selectivos, pareciera haber alguna intención de apertura destinada a acomodar el interés de la clase media ascendiente y de incorporarla al circuito de poder. El entendimiento brasileño-norteamericano podría corresponder a esa intención. De la misma manera, la actitud de moderación que han asumido los países nórdicos frente a las posiciones de la élite a que pertenecen, pareciera indicar una identificación con los planteamientos de la clase media internacional, produciéndose así un cierto encuentro con la posición latinoamericana.¹⁴

No obstante esos y otros ejemplos, cuyo significado exacto tampoco resulta claro, la tendencia general de la élite más bien se inclina a resistir las reivindicaciones latinoamericanas y a buscar formas de cooperación con aquellos sectores del tercer mundo a quienes más se teme por su mayor radicalismo o por su mayor influencia numérica en determinados foros internacionales como UNCTAD o las Naciones Unidas. La discriminación de la Comunidad Económica Europea en contra del comercio latinoamericano¹⁵ y el decreciente porcentaje de la ayuda externa de las naciones desarrolladas, que afecta particular-

¹⁴ Posiciones de esta naturaleza se han evidenciado recientemente en UNCTAD IV y en la Conferencia sobre el Derecho del Mar.

¹⁵ Véase Aldo Ferrer: "Relaciones económicas entre la Comunidad Económica Europea y América Latina", *Estudios Internacionales*, N° 24, octubre-diciembre 1973, pp. 3-42.

mente a América Latina¹⁶, son algunos indicadores, entre muchos otros, que muestran la falta de acomodo de esa clase media por parte de la élite. Incluso, la creciente discriminación en contra de América Latina se fundamenta, precisamente, en el argumento de que su mayor desarrollo relativo le permitiría solucionar sus problemas sin la cooperación prioritaria de las naciones industrializadas.¹⁷

El problema es todavía más complejo, pues si a la reacción económica de la élite se agrega su reacción política, se podrá observar que incluso el vínculo ideológico de América Latina resulta un tanto mítico. En efecto, no obstante que la mayoría de los gobiernos militares en América Latina invocan como su principal razón de ser la defensa de los valores occidentales, este argumento no es objeto de la menor atención por parte de la élite occidental, que percibe la defensa de sus valores de una manera radicalmente diferente. De ahí que la afinidad política de hecho no existe entre la élite, y un sector importante de América Latina. En consecuencia, mal podría servir de fundamento a la materialización de una alianza, aún cuando, como se verá, tampoco significa necesariamente un obstáculo.

De esta manera, América Latina se encuentra enfrentada a las vicitudes típicas de una clase media que aún no ha logrado consolidar su posición y carece, por tanto, de un poder de negociación decisivo. Esta situación se caracteriza por un cierto grado de abandono y es particularmente manifiesta en períodos de crisis económica, como los que vienen caracterizando a la comunidad internacional en la presente década. Por una parte, la élite goza del poderío suficiente para mantenerse relativamente al margen de la crisis, o al menos para paliar sus efectos. Por otra parte, el sector proletario es objeto de una atención preferente para ayudarle a paliar los efectos de la crisis a su respecto. Resulta así que es la clase media la que recibe el impacto directo y sufre las consecuencias sin más paliativos que los que ella misma pueda proporcionar. Cabe observar que este fenómeno no sólo es el fruto de la posición de la nueva élite petrolera, como queda demostrado por los criterios de distribución de los fondos de asistencia de OPEP.¹⁸

¹⁶ Cuadernos de la CEPAL: Las evaluaciones regionales de la estrategia internacional de desarrollo, Santiago, 1975, p. 15.

¹⁷ Para una discusión sobre la necesidad de concentrar la asistencia para el desarrollo en los países de menor ingreso de la comunidad internacional, Charles R. Frank and Mary Baird: "Foreign aid: its speckled past and future prospects". En Bergsten y Krause (editors): *World Politics and International Economics*, Brookings, 1975, pp. 133-167.

¹⁸ Entre los países que recibieron asistencia de los países de OPEP en 1974 sólo se incluyen dos de América Latina: Argentina y Honduras. Véase *The OECD Observer*, N° 74.

LA ALTERNATIVA DEL TERCER MUNDO:
EL ROL FORMADOR DE AMÉRICA LATINA

Desde el momento en que la opción de la alianza con la élite parece no llevar a los resultados esperados, al menos hasta ahora y al menos para las expectativas de la región en su conjunto, América Latina ha mantenido abierta su opción de alianza con el sector proletario, esto es, con el tercer mundo en el pleno significado de esta expresión. En el hecho es ésta la opción que se viene perfilando con más claridad en los últimos años y la que explica que América Latina, no obstante eventuales diferencias conjunturales o ideológicas con el tercer mundo, en todo momento se haya mantenido dentro del esquema de acción de este bloque y, más todavía, haya puesto especial cuidado en no aparecer como un factor divisorio, incluso en momentos en que su propia conveniencia haya estado en juego.

Así como el entendimiento brasilero-norteamericano pudiera ser indicativo de una alianza selectiva con la élite, hay muchas otras manifestaciones individuales y colectivas de la búsqueda de la alianza efectiva con el tercer mundo. Entre ellas pueden mencionarse, a título de ejemplo, la acción de México en torno a la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, la acción de Venezuela en la OPEP, la creciente participación en el movimiento de los no alineados, la posición latinoamericana en el nuevo orden económico internacional y la actividad de la región en el seno del Grupo de los 77. Incluso desde el punto de vista político e ideológico este fenómeno comienza a ser perceptible, como puede apreciarse, también entre otros ejemplos, en la posición latinoamericana frente al apartheid y en el creciente contacto entre los regímenes nacionalistas latinoamericanos y otros de similar naturaleza del continente africano y asiático.

La viabilidad de esta otra opción ha demostrado ser más expedita, no sólo por las manifestaciones concretas que se acaban de indicar sino, especialmente, por la manera como se ha venido gestando el proceso de cooperación entre América Latina y los demás sectores del tercer mundo. En primer lugar, América Latina desempeñó un rol clave en el proceso de descolonización de la década de 1960, lo que produjo una identificación histórica con las nacientes naciones africanas y otras, en la cual se fundamentan importantes lazos de cooperación actual, como la vinculación entre América Latina continental y el Caribe insular o como la política argentina y brasilera en el Africa, entre otros casos.

Más significativo aún es el hecho de que el grado de conciencia adquirido por vastos sectores del tercer mundo acerca de sus derechos y expectativas, ha sido el fruto de la acción latinoamericana en esos sectores y de un largo proceso de explicación y convencimiento, iniciado en el seno de las Naciones Unidas y proyectando a UNCTAD, los organismos financieros internacionales, las conferencias especializadas y muchos otros foros. Cabe incluso recordar que la propia creación de la Organización de la Unidad Africana y de otros organismos regionales, como el Banco Asiático, ha sido asistida por figuras latinoamericanas. De esta manera, la indispensable conciencia proletaria de cuya existencia depende la factibilidad de una alianza de la clase media, fue estimulada por América Latina durante varias décadas. Hoy día esa conciencia está suficientemente desarrollada como para hacer viable la alianza en cuestión.

Este proceso de formación de conciencia internacional viene siendo protagonizado por América Latina desde hace años. Como se adelantaba, las principales iniciativas de reforma del sistema internacional a partir de la Segunda Guerra Mundial encuentran su origen en los países latinoamericanos. Las iniciativas de reforma comercial planteadas con ocasión de la creación del GATT y posteriormente desarrolladas en el seno de este organismo, la subsecuente creación de UNCTAD, el cuestionamiento de los sistemas de asistencia para el desarrollo, la creación de mecanismos como CIPEC y OPEP, la temática del control de las empresas transnacionales, la concepción de la soberanía permanente sobre los recursos naturales, el nuevo derecho del mar, y en general la constante advertencia sobre el drama del desarrollo son, entre muchísimos otros, ejemplos de una acción latinoamericana que sentó las bases para la reestructuración del sistema económico internacional, en cuyo contexto surgió la concepción del nuevo orden económico y del diálogo Norte-Sur.

Por otra parte, como también se indicaba, el fenómeno de una clase media internacional no sería exclusivo de América Latina, pues también hay otros países que en alguna medida comparten esta perspectiva. Ello viene a contribuir todavía más a la factibilidad de una estrecha alianza con el tercer mundo, por cuanto sus bases podrán encontrar raíces en diferentes regiones y no sólo en América Latina.

Los próximos años serán ciertamente los decisivos en este proceso de materialización de las opciones de América Latina. Las tendencias actuales y, sobretudo, el hecho de que la élite mantenga una rigidez política y económica en el sistema internacional, determinarían que América Latina consolide su alianza con el tercer mundo. Desde luego, esta alianza ya está claramente concertada al nivel de los postula-

dos generales y sus correspondientes marcos de acción, quedando solamente pendiente su concertación al nivel de los compromisos específicos, que es el plano donde hasta ahora se observan diferencias de interés y estrategias¹⁹. Sin embargo, para los efectos de la efectividad de una alianza de esta naturaleza, este último problema no reviste tanta importancia, pues, como se explicaba, en este tipo de esquemas cada clase y cada sector mantiene la individualidad de sus aspiraciones, pero las enmarca dentro de una acción común destinada al logro de sus objetivos de consolidación y de participación en el poder.

La reacción de la élite frente a una alianza de esta naturaleza, que representa un poder considerable, es hoy día imposible de predecir. Existe la posibilidad de que abra el sistema y busque un acomodo pacífico sobre la base de reconocer la nueva estructura de poder internacional, pero ello no parece fácil pues involucra renunciar a la actual posición dominante, con todas sus consecuencias. Existiría incluso la posibilidad de que la élite perciba desde hoy el alcance del problema y proceda a una apertura gradual: En tal caso, América Latina podría mantener activas sus opciones alternativas, consolidando posiciones con la élite en la medida de la apertura y presionando con la acción común del tercer mundo el logro continuo de sus correspondientes objetivos. Como se explicará más adelante, esta alianza múltiple sería la preferida por América Latina. Sin embargo, en el diálogo Norte-Sur, que es la ocasión apropiada para producir esa apertura gradual o parcial, no se observa hasta ahora ningún síntoma en este sentido, excepto quizás en algunas manifestaciones aisladas de la posición francesa.²⁰

De no producirse en el momento apropiado algún grado de apertura, lo probable es que el proceso desemboque en formas de confrontación, como consecuencia de la rigidez del sistema y de las correspondientes frustraciones que ello genera. En tal alternativa, no cabe destacar ni el ejercicio de la represión a nivel internacional por parte de la élite ni tampoco el paso del tercer mundo a la vía revolucionaria, que es concretamente la hipótesis en que se fundamenta la política exterior china y la que quizá explica la creciente identificación de este último país con el tercer mundo.

¹⁹ Véase Paolillo, loc. cit., Nota 2 supra. También Marcelo E. Aftalión: "Poder negociador latinoamericano", *Revista de la Integración*, N° 18, enero 1975, pp. 7-52.

²⁰ Véase, por ejemplo, las informaciones relativas a la Conferencia franco-africana de Bangui, República Centro-Africana, 7-8 de marzo, 1975. *Keesing's Contemporary archives*, 1975, p. 27-49.

DIFERENCIACIÓN Y UNIVERSALIDAD
DE LOS BENEFICIARIOS DE LA CLASE MEDIA

Las anteriores observaciones permiten llegar a algunos elementos de juicio para apreciar el problema de quién es el beneficiario de la actitud de América Latina como clase media internacional. En primer término, el sólo hecho de que América Latina tenga una clara conciencia de sus aspiraciones y busque la consolidación de su posición y de su participación en el poder, es por sí mismo, independientemente de sus resultados, un elemento beneficioso para la región. Ello permite evitar el manipuleo de la clase media por la élite que se produciría de no existir esta conciencia o de ser ella incipiente. Además, el hecho de que América Latina haya logrado proyectar su conciencia a otros sectores importantes del tercer mundo, que así han percibido sus propios intereses, ha sido fundamental para establecer la amplia plataforma de reivindicaciones y las bases para la reestructuración del sistema internacional. De esta manera, la presencia del fenómeno de la clase media no ha beneficiado a la élite, que habría podido desempeñarse más fácilmente sin esa conciencia progresiva de los demás sectores.

Otro elemento de juicio importante surge en torno al problema de las alianzas de la clase media. Si la élite percibe con inteligencia y sentido de continuidad las implicaciones de las reivindicaciones de la clase media, buscará asociarla e incorporarla en alguna medida. En este caso, será su propia forma de vida y su propio modelo de desarrollo el que resultará fortalecido mediante su expansión y aceptación por otros sectores de la sociedad. Incluso, la porción de poder que se pueda perder en intensidad será compensada por la difusión de ese poder en una mayor extensión. Concretamente, si América Latina fuera asociada por la élite el resultado probable sería un fortalecimiento del modelo de vida occidental y de sus esquemas de desarrollo, no sólo por extenderse al ámbito latinoamericano sino principalmente por la mayor defensa que este modelo tendría frente a formas alternativas, por el efecto demostración que ello produciría y por el hecho de que los esquemas del tercer mundo perderían proporcionalmente su impacto. Desde este punto de vista, habría un claro beneficio para la élite y para su nuevo aliado. No obstante, como se verá, ya es tarde para una alianza sustitutiva del esquema del mundo y quizás sólo cupieran tipos de alianza complementaria.

Sin embargo, suele suceder que la élite reaccione con la arrogancia

y la soberbia del poderoso, despreciando las pretensiones de una clase media ascendente y aferrándose a las posiciones paternalistas propias de una clase cerrada. En tal alternativa, la clase media opta por las alianzas que se han descrito, con los demás sectores de la sociedad. Cualquiera que sea el beneficio que resulta de esta última opción, él no quedará radicado en la élite. Por lo que se ha explicado anteriormente, este pareciera ser el caso a que se ve enfrentada América Latina. Si así fuere, el beneficio de la opción quedará radicado en el espectro de las aspiraciones del tercer mundo.

Debe también tenerse presente que no siempre el tipo de alianza que la clase media estructura, y la consiguiente radicación del beneficio, depende de las reacciones y actitudes de la élite. Muchas veces median factores, principalmente políticos e ideológicos, que influyen más en la opción de la clase media que las reacciones de la élite, y que pueden dificultar o imposibilitar una alianza con esta última aun cuando tuviese una actitud favorable. A la luz de las diferencias políticas que se señalaron entre la élite occidental y sectores importantes de América Latina, este factor no puede dejar de tomarse en cuenta en las alternativas de alianza de la región. Lo mismo es válido para las diferencias políticas con la élite socialista.

Hay todavía otra perspectiva en que debe analizarse el problema del beneficio de una actitud de clase media: la perspectiva de la sociedad en su conjunto. Como se ha indicado anteriormente, cualquiera sean las alianzas de una clase media, su sola existencia introduce un factor de relativa estabilidad en la sociedad, haciendo más viable el cambio pacífico y reduciendo las posibilidades de confrontación violenta. No siempre las coyunturas históricas permiten este rol estabilizador ni la exclusión del enfrentamiento, pero ciertamente la clase media proporciona un margen de mayor tolerancia social que la que se encuentra en su ausencia.

En este sentido, en la medida en que América Latina consolide su rol de clase media podrá contribuir a la estabilidad del sistema internacional. Ello no significa que la estabilidad deba confundirse con el status quo, pues equivaldría a abandonar su posición reivindicatoria, que no es el caso. Se trata simplemente de maximizar la posibilidad de cambio pacífico y no violento, aspecto que tiene la mayor importancia para quienes todavía creen en la potencialidad de la cooperación internacional como alternativa de la violencia generalizada.

EL SISTEMA INTERAMERICANO:
PUGNA, ACOMODO Y FRUSTACIÓN

El proceso de clase media internacional que se viene describiendo ha tenido un claro reflejo en las alternativas históricas y presentes del sistema interamericano, a la luz de las relaciones entre Estados Unidos como élite o potencia de cúpula y América Latina como clase media en vías de consolidación. Históricamente, el sistema interamericano ha respondido a los intereses y estrategias de los Estados Unidos, razón por la cual ha proyectado en lo fundamental la reacción de la élite frente a las aspiraciones de América Latina.²¹

Durante el largo período histórico que se extiende desde la formulación de la Doctrina Monroe hasta las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, América Latina fue una región de conciencia incipiente o menor en lo que respecta a sus derechos y aspiraciones. El grado de conciencia fue ciertamente en aumento progresivo durante este período, pero no llegó a la maduración necesaria como para inducir un cambio de actitud en la élite. Como consecuencia, durante esta etapa el sistema interamericano sirvió de instrumento a la élite para manipular a la región en función de los intereses políticos y económicos de la primera. La Doctrina Monroe, la idea del hemisferio occidental, las primeras conferencias panamericanas, la política del "big stick" y otras muchas manifestaciones respondieron a esta idea.

Sin embargo, desde los primeros momentos hubo indicios de una conciencia latinoamericana que permitía percibir los intereses de la región de una manera diferente. La fría o directamente adversa reacción con que fue recibida la Doctrina Monroe, la reticencia de Argentina y Chile ante las primeras conferencias panamericanas, los intentos de establecer sistemas de comercio preferencial entre las naciones latinoamericanas y la protesta creciente en contra de la política intervencionista son algunos ejemplos de ello. Cuando esta conciencia comenzó a generalizarse, aún en su período de incipiente, se produjo el primer cambio significativo en la actitud de la élite, dando paso a la política del Buen Vecino.

La política del Buen Vecino fue un primer intento de acomodo de las aspiraciones políticas de la región, que después de su correspon-

²¹ Van Klaveren, op. cit., Nota 3 supra. Para un examen de la literatura reciente. Gordon Connell Smith: "Latin America in the foreign relations of the United States", Review Article, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 8 - 1, May 1976, pp. 137-150.

diente evolución y que después de agregársele todo el esquema de seguridad colectiva, en el cual la élite tenía un especial interés, llegó a plasmarse en la Carta de Bogotá de 1948 y en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947. Sin embargo, el equilibrio que estos instrumentos reflejaban en el plano político era sólo aparente. Desde la década de 1930 la conciencia latinoamericana había comenzado a preocuparse de los intereses económicos de la región, aspecto que la Carta de la OEA recogió sólo de manera subsidiaria. De esta manera una parte sustancial del interés latinoamericano no fue objeto de acomodo en este período.

A partir del término de la Segunda Guerra Mundial, la presión latinoamericana en torno a la temática del desarrollo pasó a ocupar la primera prioridad. Los problemas del financiamiento del desarrollo, la expansión comercial, la integración económica y otros figuraron en forma constante en los planteamientos latinoamericanos de la época. La reacción de la élite fue generalmente adversa, rechazando las pretensiones de esa clase media emergente. Basta recordar la reacción de los Estados Unidos frente a la iniciativa latinoamericana de crear el Banco Interamericano, o la muy adversa reacción que recibió la iniciativa de proceder a la estructuración de esquemas de integración económica. Frente al rechazo de la élite, América Latina inició de manera sistemática su vinculación con el tercer mundo y concertó con él su acción, dando prioridad al foro de Naciones Unidas por sobre el del sistema interamericano. Entre otros resultados de esta estrategia, se incluye la creación de UNCTAD.

El único político norteamericano contemporáneo que comprendió las implicaciones del surgimiento y reivindicación latinoamericana, fue el Presidente Kennedy. Como su nombre lo indica, la "Alianza para el Progreso" fue el único intento serio de llegar a una alianza entre la élite y la clase media para ayudarla a consolidar su posición y, sobre esta base, permitirle una participación en el poder internacional. América Latina recibió con entusiasmo esta apertura de la élite y por primera vez las estructuras del sistema interamericano se adecuaron para acomodar el interés de la región. Pero este pacto de consolidación moriría con Kennedy.

Las administraciones que siguieron en los Estados Unidos dejaron languidecer la Alianza y finalmente la proclamaron oficialmente muerta. Ello no se debió tanto a la sangría económica y moral de la guerra de Vietnam, sino a un radical cambio de concepción del gobierno norteamericano. Lo que había comenzado a ser una posición de élite abierta en el marco de un sistema flexible, volvió a constituirse en una élite cerrada dentro de un sistema rígido. De esta manera, inevitablemente se volvería a una concepción paternalista de la comu-

nidad internacional, en armonía con los otros centros de poder de la élite industrializada, en el marco de un esquema pentagonal. El propio sistema interamericano regresó a su histórica modorra burocrática. En este contexto, las reformas de la Carta de la OEA de 1967, que plasmaban los postulados de la alianza, venían a recoger una realidad ya inexistente.

La consiguiente frustración latinoamericana se tradujo, como era de esperar, en la búsqueda intensiva de la alianza alternativa con el tercer mundo en todos los foros internacionales, proceso que, como se indicó, ya ha sido exitoso al nivel de los postulados y marcos de acción y que paulatinamente progresa al nivel de los intereses específicos. Es difícil predecir que habría sucedido en este plano si acaso la Alianza para el Progreso se hubiese mantenido como esquema de consolidación; probablemente, la cooperación de América Latina con el tercer mundo hubiese continuado desarrollándose en términos similares, pues de hecho venía gestándose con anterioridad a la propia Alianza, pero lo que también es probable es que su tónica habría sido diferente pues se habría desarrollado dentro de un sistema caracterizado por la flexibilidad de la élite y, por tanto, con una amplia perspectiva de cooperación y acomodo pacífico. En tal sentido, el nuevo orden económico y el diálogo Norte-Sur podrían haberse caracterizado, no por un enfrentamiento cada día más áspero, sino por una concertación de intereses cada día más viable.

DIFERENCIA DE ORIENTACIONES Y CRISIS INTERAMERICANA

Como resultado de esta evolución de las relaciones interamericanas, América Latina ha pasado a ser una región del mundo dentro de la política global de los Estados Unidos, sin prioridad especial e incluso con una prioridad menor que la de otras regiones más conflictivas o más necesitadas comparativamente.²²

Por tal razón, el sistema interamericano mismo ha perdido importancia tanto para una parte como para la otra. Ocasionalmente surgen iniciativas para buscar nuevas formas de entendimiento, pero todas ellas han fracasado al no darse las bases fundamentales para la con-

²² Sin embargo, las declaraciones oficiales continúan destacando la idea de una "relación especial". Véase *Declaración del Secretario de Estado de los Estados Unidos sobre el tema de cooperación para el desarrollo*, Asamblea General de la OEA, VI Período ordinario de sesiones, OEA/Ser P. AG/COM. III/doc. 5/76, 9 de junio de 1976.

certación de una nueva alianza. Ejemplos de estas iniciativas son el Consenso de Viña del Mar o el nuevo diálogo interamericano, que no han conducido a ningún resultado. En cambio, las evidencias de la pérdida del interés en el sistema son abundantes, como lo revelan las dificultades del BID en obtener nuevas apropiaciones de fondos, la disminución de la cuota presupuestaria de los Estados Unidos en la OEA, el fracaso de la Comisión Especial para reestructurar el sistema interamericano, las sugerencias de que se supriman los fondos especiales de la OEA o los planteamientos de que Estados Unidos se retire de la organización regional, entre muchos otros ejemplos.

A lo anterior es necesario agregar todavía la creciente pugna política en las relaciones hemisféricas, particularmente en relación a los regímenes militares del cono sur, a Panamá y a los gobiernos más militantes del Caribe insular. Cualquiera sean las causas de esta pugna, que van desde los derechos humanos hasta la cuestión del Canal y la vinculación con Cuba, ella revela un grado de hostilidad no despreciable, que se va acentuando con las sucesivas enmiendas parlamentarias en los Estados Unidos. El hecho concreto es que ello obstaculiza adicionalmente las posibilidades de un nuevo esquema de cooperación o de revitalización del sistema interamericano, mientras no varíen las concepciones de fondo.

De esta manera, mientras en América Latina van surgiendo más regímenes nacionalistas, que son percibidos por la élite como la reencarnación del fascismo, está última va avanzando en asociación con las naciones industrializadas en su concepción de cosmopolitismo, que a su vez es percibida por América Latina como una nueva y suprema expresión del imperialismo moderno²³. Se llega así a un proceso político de identificación de los nacionalismos del tercer mundo, paralelo a la consolidación de las élites dentro del cosmopolitismo²⁴. Sin embargo, como se examinará, en el marco de una nueva concepción este mismo fenómeno podría alcanzar dimensiones enteramente diferentes.

En lo que concierne a las relaciones interamericanas, este proceso podría llevar ciertamente a acentuar las diferencias entre América

En lo que concierne a las relaciones interamericanas, este proceso podría llevar ciertamente a acentuar las diferencias entre América Latina y los Estados Unidos y, por ende, a hacer cada día más difícil la concertación de una alianza. En esa misma medida el sistema interamericano va perdiendo su fuerza, su eficacia y hasta su justificación en los términos en que se le ha concebido hasta hoy día.

²³ Carlos F. Díaz Alejandro: "North South relations: the economic component", En Bergsten y Krause, *op. cit.*, Nota 17 *supra*, pp. 221-224.

²⁴ Celso Furtado: "Una interpretación estructuralista de la "crisis" actual del capitalismo", *Estudios Internacionales*, N° 30, abril-junio 1975. Especialmente pp. 9-13.

LAS ALTERNATIVAS DE UNA ALIANZA:
PRAGMATISMO, NACIONALISMO Y COSMOPOLITISMO

En forma simplista podría llegarse a la conclusión de que, ante tales tendencias, el sistema interamericano estaría condenado a desaparecer. Pero esa conclusión sería tan ajena a la realidad como sostener que el sistema cumple hoy un rol fundamental. Una característica esencial de las relaciones internacionales es que sus procesos no se dan en blanco y negro, admitiendo muchas tonalidades.

Puesto en términos pragmáticos, el ideal latinoamericano sería el de proceder en el marco de una alianza múltiple en que, por una parte, pueda ir consolidando posiciones con la élite y, por otra parte, pueda ir avanzando en la presión reivindicatoria con el tercer mundo. En el hecho esta es la estrategia de Brasil, cuyo entendimiento con los Estados Unidos no es obstáculo para entendimientos paralelos con Europa y, sobre todo, no es obstáculo para mantenerse en contacto íntimo con el tercer mundo; también es la estrategia tradicional de México y en alguna medida comienza a ser la de Perú, Venezuela y otros países²⁵. Como también se indicaba, la moderación latinoamericana no equivale a otra cosa que la exploración de este esquema múltiple.

Por su parte, los Estados Unidos, como también Europa, Japón y otras naciones, no pueden dejar de observar con interés la potencialidad latinoamericana y las eventuales conveniencias de algún tipo de entendimiento especial con la región. El solo indicador de la dependencia estratégica de materias primas de estas naciones debía ser lo suficientemente elocuente²⁶. En el plano del pragmatismo de las realidades económicas incluso las diferencias políticas tenderían a minimizarse.

Desde el punto de vista de su viabilidad, un esquema de esta naturaleza no encontraría dificultades mayores en la relación entre Amé-

²⁵ Los anteproyectos de Convención sobre Seguridad Económica Colectiva y sobre Cooperación para el Desarrollo Integral, que se encuentran bajo discusión en la OEA, en el hecho responden a este interés de consolidar una posición latinoamericana en asociación con los Estados Unidos. Para los textos véase OEA/Ser. P. AG/doc. 675/76. Separata, add. 128 de mayo de 1976. Para diversas alternativas de relación con Estados Unidos, véase Roger "Relaciones económicas entre los Estados Unidos y América Latina. Bilaterales, regionales o globales?", Estudios Internacionales, N° 31, julio-septiembre 1975, pp. 59-99.

²⁶ Heraldo Muñoz: "Dependencia estratégica y no-estratégica: materias primas y relaciones en la perspectiva de la crisis petrolera", Estudios Internacionales, N° 33, enero-marzo 1976, pp. 71-108.

rica Latina y el tercer mundo, como de hecho no las ha encontrado hasta ahora en el ejemplo de Brasil. La razón es que ya se ha hecho tarde para concebir una alianza entre la élite industrializada y América Latina que sea sustitutiva de la alianza general ya pactada con el tercer mundo. En este sentido, América Latina no dejaría ni podría dejar de pertenecer al tercer mundo; se trataría de un esquema complementario y no sustitutivo.

En principio, cabría pensar que el mayor obstáculo podría encontrarse en el plano de las concepciones respectivas de la élite y de América Latina, pues parecería absurdo intentar compatibilizar el cosmopolitismo con el nacionalismo a que se ha hecho referencia. Sin embargo, nuevamente un examen pragmático de la realidad puede llevar a una apreciación diferente. En América Latina se da una curiosa mezcla de nacionalismo político con internacionalismo económico, en que varios países conciben su progreso político bajo formas autoritarias de gobierno, pero en el marco de una política económica muy liberal que aspira a la integración económica plenamente internacional fundamentada en las leyes del mercado. De esta manera, se puede hablar sin contradicción de un "nacionalismo cosmopolista", lo primero referido a lo político y lo segundo a lo económico. En la medida en que el cosmopolitismo que postula la élite respete ese marco político, no encontrará dificultades en el plano económico pues en el hecho responden a una misma concepción, aun cuando su grado de intensidad sea diferente en uno y otro caso.

LIDERAZGO, APERTURA Y FLEXIBILIDAD;
BASES PARA UN NUEVO ROL INTERAMERICANO

En la perspectiva de estas realidades, es que el sistema interamericano podría encontrar un nuevo y útil rol. América Latina tiene estructurados sus mecanismos de acción con el tercer mundo, pero carece de mecanismos similares para explorar y eventualmente materializar esquemas complementarios de acción con la élite. El actual sistema interamericano responde a una concepción que ya no existe y que ninguna de las partes desea. Por consiguiente, la premisa básica es que este sistema pueda responder a una concepción diferente.

El problema no es sencillo por cuanto se trata de una concepción que solamente ahora podría comenzar a explorarse. Pero sí es un problema urgente, por cuanto en la medida en que pase el tiempo sin soluciones nuevas el proceso de enfrentamientos puede llegar a extre-

mos que hagan impensable un esquema de este tipo. En este plano, la renovada capacidad de liderazgo al nivel de América Latina y de los Estados Unidos es la que puede proporcionar un vuelco fundamental de las concepciones, generando nuevamente la expectativa de una élite abierta y de un sistema de acomodo flexible.

Siempre que se piensa en una reorientación del sistema interamericano, se comienza por el diseño de grandes estructuras y perfectos organigramas, que las más de las veces constituyen una formalidad carente de todo contenido renovador. En la presente coyuntura de América Latina no son las estructuras institucionales las que importan, sino las ideas y concepciones que permitan avanzar en la consolidación de las posiciones a que la región aspira. Esas nuevas concepciones no son imposibles y el sistema interamericano podría facilitarlas, si sus líderes actúan con el convencimiento y la capacidad que las circunstancias exigen.

Tres tipos de ideas simples son las que podrían servir de base a un proceso renovador. La más evidente es la necesidad de que el sistema responda genuinamente al interés latinoamericano, abandonando la pauta histórica de responder al interés de los Estados Unidos. Aún cuando ello pueda ser demasiado obvio, hasta ahora ha demostrado ser un objetivo imposible de lograr. No es este un problema de estructuras ni de reformas a la Carta, sino un simple problema de actitudes y mentalidades. La política real de los organismos regionales debe responder a la inquietud de cómo promover el interés de esta última frente a América Latina.

El segundo tipo de ideas es que, para materializar la promoción del interés latinoamericano, es fundamental que el sistema actúe en íntima sincronización con aquellos foros donde el interés de la región se elabora y expresa en su más amplio sentido. Estos pueden ser los organismos propios de América Latina a los muchos organismos y conferencias de Naciones Unidas u otras organizaciones, donde se elabora una posición latinoamericana que puede ser simultáneamente promovida por el sistema.

El tercer tipo de ideas es que la promoción de ese interés requiere del establecimiento de una efectiva capacidad de gestión ante el conjunto de las naciones industrializadas, por cuanto normalmente el interés latinoamericano ya no se restringe solamente al caso de los Estados Unidos. En este plano, el Banco Interamericano ya ha dado algunos pasos efectivos, pero no así la OEA donde la institución de los observadores permanentes es una mera formalidad. Probablemente el establecimiento de vínculos de trabajo y acción concreta con la OECD y la Comunidad Económica Europea sea una medida necesaria para asegurar la referida efectividad, no desde el punto de vista de crear

meros puestos de observación, como ha sido lo tradicional, sino en cuanto a la vinculación real de trabajo de las respectivas organizaciones, cualquiera que sea la forma institucional que ello adopte.

Quizás lo más importante de todo, sea que los organismos del sistema permitan la estructuración de un poderoso "think tank" latinoamericano, con el concurso de los más destacados hombres públicos, intelectuales y profesionales de la región, con miras a la creación continua de posiciones y planteamientos de América Latina frente a un mundo rápidamente cambiante. Muchas veces la falta de elaboración intelectual en América Latina es la causante de pérdida de oportunidades y de reacciones tardías o, lo que es más grave, de que la región continúe guiándose por ideas que han sido elaboradas en otras latitudes para la protección de intereses o esquemas que no son necesariamente los suyos.

En definitiva, no debe perderse de vista que lo que está en juego es el rol de América Latina como una región que tiene legítimos derechos y aspiraciones. Estos han sido exitosamente armonizados con el tercer mundo y no son necesariamente incompatibles con esquemas de cooperación complementarios que involucren a la élite industrializada. Si ello se logra será el sistema internacional el que ganará en apertura, flexibilidad y estabilidad. El sistema interamericano, como herramienta que viabilice ese logro, se encuentra así frente a un reto y una coyuntura única en su historia.